

#RedDeAyudaPara

*Corazones  
Solitarios*



**KAERA NOX**

Serie

#RedDeAyudaParaCorazones II



# #RedDeAyudaPara Corazones Solitarios

Kaera Nox

Serie  
#RedDeAyudaParaCorazones 2

© Kaera Nox, 2019

Título: Red de ayuda para Corazones Solitarios.

Publicado en Sevilla, noviembre de 2019.

Número de registro Safe Creative 1911152486477

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor. Los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A ti que estás leyendo esto.  
A todos los que alguna vez han pensado  
que su destino era la soledad.  
Porque lo último que se debe perder es la es-  
peranza.*

*“Para dejar de sentirme tan solo tengo que aprender a confiarle mi corazón a alguien que valga la pena, pero tú dime donde encontrarlo, porque pronto me cansaré de buscar.”*  
(Autor Desconocido)

# Tabla de contenido

Argumento

#RedDeAyuda

Paso Uno #AceptarLaDuraRealidad

#RedDeAyuda

Paso Dos #LasPenasCompartidasSonMenos

Paso Tres #RecuerdaQuiénEres

Paso Cuatro #CreeEnTi

Paso Cinco #Libérate

Paso Seis #NadaDeArrepentimientos

Paso Siete #FueraMáscaras

Paso ocho #AbreLosBrazosY...

#¡Salta!

Agradecimientos

Sobre la autora

Otros libros de la serie #RedDeAyudaParaCorazones

Otros libros de Kaera Nox

# Argumento

Jess es fuerte, independiente, segura, la inspectora de policía más joven de toda Andalucía... y está sola.

Sergio es dulce, sincero, servicial y lleva cuidando de su madre desde que tiene memoria.

Un anuncio en internet. Una red de ayuda para corazones.

Dos personas que conviven con su soledad desde hace demasiado tiempo.

DuradePelar busca encontrar alguien que la valore, que no se amedrente ante una mujer fuerte. Un hombre que no tema mostrar su debilidad. Con el que la vida no sea una competición a ver quién lleva los pantalones de la relación. Alguien que no piense que su virilidad queda en entre dicho cuando es ella quien toma las riendas.

ChicoCansado83 solo quiere dejar de ser fuerte. Dejar de ser el que se encarga de todo, el que siempre tiene las respuestas. Encontrar a alguien en quien pueda apoyarse y con quien recorrer el camino. Juntos.

¿Qué sucederá cuando Sergio se enamore de Jess? ¿Y cuando Jess se enamore de ChicoCansado83?

¿Qué sucede cuando tu vida real y tu vida virtual se mezclan sin que lo sepas?

Nota: Esto no es un libro de autoayuda, ni pretende serlo.

# #RedDeAyuda

### #RedDeAyudaParaCorazonesSolitarios

¿Por qué los hombres temen tanto a las mujeres fuertes?  
¿Por qué se sienten tan intimidados?

Mi última pareja me dejó cuando conseguí un ascenso.

Según él, salir con una mujer con un cargo por encima del suyo le dejaba en mal lugar. ¿En serio?

¿Qué tiene que ver quién cobre más o quién tenga más éxito profesional? ¿Qué fue de aquello de apoyar a tu pareja, alegrarse y compartir las victorias del otro?

DuradePelar.

Sergio observó el mensaje durante un rato antes de teclear una respuesta. ¿De verdad aún había hombres así? Lo cierto era que aquello le parecía, como poco, surrealista.

Aunque ¿qué no se lo parecía últimamente?

Quizás Éric tenía razón y, después de todo, aquella supuesta red de ayuda no servía para nada.

Bloqueó el teléfono y lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón. Debía centrarse si quería acabar con lo que tenía entre manos.

Miró a su alrededor. ¿Realmente era posible que la vida de una persona cupiera en cuatro cajas?

El aspecto desolado de la que había sido la habitación de su madre hizo que su corazón se apretara en un puño. Habían pasado tres meses y aún no terminaba de creerse que ya no estaba. Que lo había dejado solo.

Siempre habían sido ellos dos. Mamá y él. Desde que tenía uso de razón, desde que el donante de espermatozoides que colaboró en su concepción desapareció, dejándola con un niño y más deudas de las que podrían pagarse en dos vidas.

Pero ella, Manuela Durán, trabajó como una mula y no solo sacó adelante a su hijo, sino que las pagó todas, una por una. Haciendo turnos dobles, trabajando más de doce horas seguidas en una fábrica textil, dejándose los ojos y la espalda en el proceso. Hasta que su cuerpo no dio para más.

Tenía quince años cuando los dolores de espalda de su madre comenzaron a hacerse insoportables. Ahí fue cuando empezó su peregrinaje de consulta en consulta, de hospital en hospital, pruebas y más pruebas.

Y entonces llegó el diagnóstico. Uno que cambió sus vidas para siempre: Esclerosis Lateral Amiotrófica, ELA.

Una enfermedad que solía presentarse a partir de los cuarenta años, aunque su madre acababa de cumplir los treinta y cinco. Que solía afectar a más hombres que mujeres, pero atrapó entre sus garras a la mujer fuerte que había

peleado cada día de su vida por sacarlos adelante y no la volvió a soltar.

Cogió la primera caja del suelo, tenía que centrarse en otra cosa que no fueran los amargos recuerdos, y continuó trasladándolas una a una hasta el ascensor.

La cama de hospital y la silla de ruedas las había donado a una residencia de ancianos. Su ropa se la llevó su tía, la hermana de su madre. Era curioso cómo los buitres aparecían con los ojos cuajados de lágrimas cuando ya no se les necesitaba, buscando tan solo qué podían aprovechar de los destrozados restos de un supuesto ser querido al que no habían prestado la menor atención estando en vida.

Y encima, había tenido la poca vergüenza de preguntarle por la herencia.

¿En serio? Los gastos médicos: la enfermera que la cuidaba cuando él tenía que ir a trabajar, los medicamentos... habían acabado con sus ahorros y le habían dejado nada más que un montón de deudas y un piso de dos habitaciones que tenía que vender para poder cubrirlas.

Sí, a sus casi treinta y seis años no le había quedado más remedio que buscarse un piso compartido en el que vivir. Al menos hasta que pudiera recuperarse económicamente y alquilar uno propio.

El maletero hizo un ruido sordo al cerrarse y Sergio decidió que así sonaba el punto final a sus lamentaciones. Era hora de seguir adelante, ya estaba bien de lamerse las heridas.

# Paso Uno

## #AceptarLaDuraRealidad

Llegaba tarde y no había nada que pudiera evitarlo. El capullo de Hernández se la había vuelto a liar en la comisaría. ¿Quién demonios le mandaría enrollarse con él en la academia?

Cierto que estaba bueno, pero el hombre no daba para más. Por si fuera poco, que le hubiese plantado en cuanto se dio cuenta de que la parte más grande de su cuerpo era su propio ego, que hubiera sido a ella a quien nombraron inspectora no ayudó precisamente a que limaran asperezas.

Hasta el punto de que parecía que joderla se había convertido en su único objetivo en la vida. Y no en el buen sentido.

Aunque, claro, para que pudiera hacerlo en el buen sentido, primero tendría que encontrársela.

Se rio de su propio chiste mientras terminaba de colocarse el casco y subirse a su Triumph Bonneville Speedmaster de 1200cc. El rugido del motor le sonó a música celestial, después de todo, una mujer tenía que tener sus caprichos, ¿no?

Llegó al bar en el que había quedado con Éric media hora tarde. La pareja conversaba entre arrumacos y carantoñas en la misma mesa de siempre. Jess los observó de lejos, incapaz de acercarse.

Una vez más, como siempre que se encontraba con la feliz pareja, una emoción que bien podría ser celos, bullía en sus venas.

No, no era eso. Éric y ella ya tuvieron su oportunidad, lo intentaron y no funcionó. Nunca lo habría hecho. Con el tiempo descubrieron que como amigos funcionaban muchísimo mejor y estaba contenta de tenerlo en su vida de esa forma. No... no eran celos lo que sentía, era mucho peor.

Envidia.

Y no podía decirse que fuera de la sana precisamente.

No lo era.

La mirada de Jess se perdió observando la ternura que desprendían los ojos de Éric, que no se apartaban de Celia mientras esta sacaba al pequeño Mario del carro y lo sentaba sobre sus rodillas.

Podía ver que su examante estaba a punto de babear de placer. El hombre que le había jurado que jamás entregaría su corazón, el que se había reído ante la simple idea de enamorarse, había caído de rodillas y ahora estaba casado y era padre de dos preciosas criaturas. Sus labios no dejaban de mostrar una sonrisa tonta de felicidad, sus manos siempre buscaban el contacto con su mujer y sus ojos brillaban con amor cada vez que miraba a su familia.

Y eso, precisamente eso, era lo que envidiaba Jess.

No quería ser Celia por Éric. Lo que quería, lo que anhelaba desde lo más profundo de su alma, era encontrar a alguien que la mirase a ella como Éric miraba a Celia. Como si fuera el centro de su universo, la razón por la que el sol sale y se pone cada día en su pequeño planeta. Como si, a su lado, fuera capaz de enfrentarse a cualquier cosa.

Siendo sinceros, Celia tenía el mismo interés que Jess en convertirse en una "damisela en apuros". No había encontrado en Éric a un salvador, ni a un defensor, ni a un héroe sin capa. No necesitaba —ni quería— nada de eso. La psicóloga era perfectamente capaz de salvarse a sí misma, lo había demostrado con creces durante su embarazo.

No, lo que Celia había encontrado en Éric era un compañero. Alguien con quien compartir los días y las noches. Una persona que la apoyaba a cada paso del camino, sin indicarle la dirección. Dejando que tomase sus propias decisiones, que cometiese sus propios errores y que aprendiese de ellos. Alguien en quien apoyarse y que se apoyaba en ella.

Ambos formaban un equipo y juntos se enfrentaban a la vida día a día.

Justo lo que ella quería y lo que cada vez le parecía más difícil de encontrar.

Alguien empujó a Jess al intentar entrar en el local recordándole que aún estaba parada en la puerta. Echó un últi-

mo vistazo a la feliz pareja y desechó la inseguridad que le provocaban. La molesta pregunta que la invadía cada vez que quedaba con ellos.

¿Habría alguien así para ella?

Con una profunda exhalación la dejó marchar y entró en el bar con una enorme sonrisa.

—¡Ya era hora! —exclamó Éric levantándose y envolviéndola en un estrecho abrazo—. Empezaba a creer que te habías quedado petrificada en la entrada —susurró con disimulo cerca de su oído.

Jess se limitó a responder con una sonrisa culpable y se apartó de él para saludar a su mujer.

—Me alegro de verte, Jess. —Los ojos de Celia tenían la habilidad de hacerla sentir desnuda cuando se centraban en los suyos, así que apartó la mirada—. Tú también lo encontrarás, estoy segura de ello.

Jess tuvo que contener las lágrimas. ¿Tan transparente era? ¡Joder! Se estaba volviendo una nenaza. Y eso, teniendo en cuenta a lo que se dedicaba, podía ser un problema de los gordos.

Respiró hondo obligándose a sí misma a recuperar la compostura y sonrió a Celia.

—Bueno, ¿qué tal la vida en familia? ¿Ya habéis conseguido una noche completa de sueño?

—Me conformaría con dormir más de tres horas seguidas —murmuró Celia—, pero te aseguro que no los cambio por nada del mundo.

Lo último lo dijo sin apartar su tierna mirada del carro gemelar en el que estaban los mellizos.

—Deduzco que no habéis encontrado canguro, ¿no?

—Tampoco lo hemos buscado. —Éric se encogió de hombros, como si el comentario que acababa de hacer Jess fuera absurdo—. No pienso dejar a mis hijos con un desconocido por muchas referencias que tenga. No... a menos que me hagas el inmenso favor de comprobar antes sus antecedentes. O, mejor aún, ¿a alguno de tus chicos se le dan bien los niños y necesita un sueldo extra?